

LA JUVENTUD LATINOAMERICANA: TENSIÓN, PARTICIPACIÓN Y VIOLENCIA

Martín Hopenhayn

1. La juventud como construcción moderna

En sociedades definidas como pre-modernas, el tránsito de la infancia a la adultez estaba garantizado por la eficacia de ritos de pasaje reconocidos por todos los miembros de una comunidad; y por la adquisición, de parte de los jóvenes, de saberes productivos y reproductivos transmitidos por los padres u otras figuras cercanas. Más aún, el papel más precoz de los hombres en el trabajo productivo y de las mujeres en el reproductivo hacía que el tránsito de la niñez a la vida adulta se hiciera sin la *moratoria* que hoy define a la juventud. De manera que la juventud, como categoría social, resultaba difusa o incluso inexistente. Esto cambia con la modernidad tanto por razones productivas como por razones demográficas y culturales.

En términos productivos, la modernización va acompañada de una división del trabajo que exige un tiempo mayor de especialización, y un segundo nivel de socialización que lo encarna la escuela y no ya la familia. Por otro lado el cambio demográfico generado por la mayor expectativa de vida obliga a la sociedad a periodizar con mayor desglose las fases o ciclos de vida, y en ese contexto aparece también la juventud. Finalmente, en términos culturales la juventud cobra presencia en la medida que el tiempo entre una generación y la siguiente supone un cambio en valores y estilos de vida, y no ya una recurrencia de lo mismo como podía pensarse en sociedades premodernas. De allí que “ser joven” no es simplemente repetir, sino sobre todo recrear.

Por lo mismo, la juventud es una categoría moderna. Pertenece a un tiempo histórico en que los rituales de pasaje se diluyen y el tránsito hacia la adultez se hace más largo. Respecto de esto último, ocurre algo que en tiempos pretéritos podía parecer casi *contra-natura*, a saber, que se disocia la madurez sexual y biológica de la madurez social: “se inicia con la capacidad del individuo para reproducir a la especie humana y termina cuando adquiere la capacidad para reproducir a la sociedad” (Brito, 1007, p. 29). Desde la perspectiva normalizadora de la sociedad moderna, el y la joven son

sexual y fisiológicamente maduros, pero no lo son ni moral ni socialmente. En lo moral, deben ser todavía socializados y disciplinados por figuras de autoridad (padres, maestros, médicos, comunicadores); en lo social, todavía no hacen parte de la “sociedad productiva” o la sociedad “reproductiva”.¹

Esto podría parecer desmentido por la gran cantidad de jóvenes que ya han procreado o que están en el mercado laboral. Pero me refiero, como mencioné, al concepto de juventud construido desde los enclaves normalizados de la sociedad moderna, donde se asocia la juventud a la *moratoria*: ese limbo funcional en que la juventud está de alguna manera puesta entre paréntesis porque se define en función de su preparación para la vida adulta, y donde la vida se convierte en preparación para construir un hogar propio e insertarse en mercados de trabajo que exigen cada vez mayor adquisición previa de conocimientos y destrezas.

Los mayores requerimientos formativos en un sistema más diversificado y complejo obligan, como correlato en los procesos vitales, a un tiempo cada vez más largo de tránsito desde la dependencia a la autonomía. Se instituyen canales que acompañan este tránsito, y que apuntan a hacer coincidir la formación personal con la integración social. La masificación de la educación formal constituye el mecanismo privilegiado en este tránsito. La noción más técnica de capital humano se difunde como verdad asumida, y con ello consagra la idea de que cuanto más tiempo los jóvenes se dediquen a adquirir conocimientos útiles, mejor provistos quedan para trayectorias productivas, mayores oportunidades adquieren para el bienestar futuro, y más pueden aportar al crecimiento de las economías. Y cuanto más se extiende ese período de moratoria, más presencia adquiere la juventud como categoría social.

Según Bourdieu la juventud “no sería más que una palabra”: creación social para definir un período etario que debiera cumplir, en nuestra época, con ciertas expectativas, pero que no siempre ha sido tratado como un actor social en sí mismo. (Bourdieu, 1990). Lo cierto es que la juventud aparece como un concepto poco claro en la medida que engloba bajo un mismo rótulo un conjunto social muy heterogéneo. Muy distinta es

¹ Esto podría parecer desmentido por la gran cantidad de jóvenes que ya han procreado o que están en el mercado laboral. Pero me refiero, como mencioné, al concepto de juventud construido desde los enclaves normalizados de la sociedad moderna, donde se asocia la juventud a la moratoria –ese limbo funcional en que la juventud está de alguna manera puesta entre paréntesis porque se define en función de su preparación para la vida adulta-.

la situación de jóvenes urbanos vs. rurales, de jóvenes de grupos socioeconómicos carenciados respecto de otros que viven en hogares de mayores ingresos, de jóvenes de 15 a 19 años en contraste con otros de 20 a 24 o de 25 a 29, de jóvenes con poca o con mucha educación formal, de jóvenes mujeres en relación a jóvenes hombres.²

Más aún, la situación de la juventud puede variar mucho de un país a otro. Así, por ejemplo, en este momento la incidencia de pobreza en la juventud chilena es inferior al 19%, en contraste con los niveles en Brasil y Argentina, que superan el 35 y 40%. Por otro lado Uruguay es el país con la mejor distribución del ingreso en América Latina y Brasil el país con la distribución más regresiva, lo que implica que el determinante “grupo de ingresos” y “nivel educacional” marca más a la juventud del Brasil que de Uruguay en su relación/contraste con el resto de la sociedad. Finalmente la variable étnica y racial es más fuerte en Paraguay (por incidencia de jóvenes indígenas) y en Brasil (por presencia de jóvenes afrodescendientes) que en otros países del Mercosur; y claramente la juventud rural es un tema de mayor peso en Paraguay, donde todavía prácticamente la mitad de la población es rural, que en países como Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, donde en ningún caso la población urbana baja del 80%.

Pero probablemente un destino compartido atraviesa a la mayoría de los y las jóvenes en la región, a saber, la creciente incertidumbre respecto de sus proyecciones hacia el futuro, tanto en términos de integración a la vida adulta como de “guiones de futuro”. El enrarecimiento de las trayectorias laborales y la pérdida de centralidad de la política (como campo de identificación de pulsiones individuales como proyectos colectivos) coloca un gran signo de pregunta sobre la mentada “moratoria” juvenil. ¿Para qué se preparan, finalmente?

Si en el discurso de la modernidad la juventud fue pensada como un actor en vías de preparación para entrar en el sistema productivo, esa juventud adquiere hoy, al calor de la crisis del empleo y el cambio acelerado en modos de vida, un peso especial en la misma medida en que se hacen menos claras las perspectivas de integración social

² La reciente publicación CEPAL-OIJ (2004) sobre la juventud en Iberoamérica debió trabajar con datos desagregados por subgrupo etario (15-19-20-254 y 25-29), género, juventud rural-juventud urbana, y juventud por quintiles de ingresos. Sólo así es posible entender la heterogeneidad propia de este grupo etario.

de los propios jóvenes. De una parte, el tránsito de la educación al empleo se hace más difuso en la medida en que los mercados laborales no garantizan ocupaciones estables o promisorias para gran parte de los jóvenes, a excepción de los más formados; reservando para el resto, sobre todo en América Latina, una profusa pero precaria gama de trabajos informales, con bajos ingresos y ninguna estabilidad. El tránsito de la dependencia a la autonomía material también se hace difuso, tanto por la mayor restricción en fuentes de ingresos para los jóvenes (por la restricción de entrada al empleo), como por la necesidad de permanecer más tiempo en la etapa formativa (y en el hogar paterno y/o materno) para optar a mejores ocupaciones. Finalmente, el proceso de “relevo valórico”, en que los jóvenes introyectan y sedimentan las normas y criterios de los adultos, se torna muy confuso o conflictivo porque el cambio acelerado en los valores y formas de vida lleva a cuestionar o rechazar el tradicional rol “ejemplarizante” o disciplinario de los padres ante los jóvenes.

De manera que la correa de transmisión fricciona cada vez más a los sujetos que transporta. Aparece entonces la juventud entendida problemáticamente. Conflictividad o apatía política, deserción escolar, crisis normativa o conductas de riesgo pasan a ser parte del lenguaje que desde la política y el discurso adulto reconoce, define y reifica a los jóvenes. Un campo de tensiones que posiblemente hace parte del hecho de ser jóvenes, adquiere mayor fuerza y dramatismo hoy día, cuando la línea del tiempo se hace borrosa, la vivencia de lo efímero recurre como “pathos” postmoderno, y la funcionalidad de la moratoria juvenil es cuestionada desde adentro y desde afuera. Veamos cuáles son estas tensiones.

2. La juventud entre tensiones cruzadas.

- **Más educación y menos empleo.**

Una primera tensión o paradoja es que la juventud goza de *más acceso a educación y menos acceso a empleo*. Los jóvenes de hoy tienen más años de escolaridad formal que las generaciones precedentes, pero al mismo tiempo duplican o triplican el índice de desempleo respecto de esas generaciones. En otras palabras, están más incorporados en los procesos consagrados de adquisición de conocimientos y formación de capital humano, pero más excluidos de los espacios en que dicho capital

humano puede realizarse, a saber, el mundo laboral y la fuente de ingresos para el bienestar propio. En parte porque el progreso técnico exige más años de educación para acceder a empleos modernos, y por tanto enfrentamos una dinámica de *devaluación educativa* (la misma cantidad de años de escolaridad "valen menos" hoy que hace dos décadas); en parte porque la nueva organización laboral restringe puestos de trabajo y hace más inestable el empleo, sobre todo para quienes ingresan al mercado laboral sin derechos adquiridos y sin experiencia de trabajo.

A modo de ilustración, si en 1990 sólo el 25.8% de los jóvenes de 20 a 24 años en América Latina había completado la educación secundaria, en el 2002 este índice ascendía a 34.8. Sin embargo, a principios de esta década el desempleo adulto promedio en la región alcanzaba al 6.7%, mientras el juvenil subía a 15.7% (CEPAL-OIJ, 2004). Además, aumentan rápidamente los años requeridos de escolaridad formal para acceder a trabajos con buenas perspectivas de movilidad social en el futuro. A modo de ejemplo, hacia el año 2002, y como promedio para la región, el porcentaje de jóvenes entre 15 y 29 años de edad, con 10 a 12 años de logros educacionales (muy por encima del promedio latinoamericano), ocupados en empleos de baja productividad, alcanzaba al 38.1% para los hombres y 45.6% para las mujeres (CEPAL-OIJ, 2004). Más educados y más desempleados o mal empleados simultáneamente, los jóvenes probablemente viven esta paradoja con un cierto sabor a injusticia, ya que el mismo proceso educativo les ha transmitido también la idea de que los mayores logros se traducen en mejores opciones de empleo a futuro.

Por cierto, existen claras desigualdades entre jóvenes de distintos grupos. Mientras en el año 2000 los jóvenes rurales de 15 a 29 años en América Latina sólo tenían un 11.8% de su población con educación secundaria completa, este índice era del 36.9% para los jóvenes rurales; y para el años 2002, considerando jóvenes de 25 a 29 años de 16 países latinoamericanos, los jóvenes del quinto quintil (20% más rico) tenían entre 3 y 4.5 veces el egreso de secundaria que ostentaban los jóvenes del primer quintil (20% más pobre). Complementariamente, hacia el 2002 el desempleo juvenil del quinto quintil, como promedio regional, era del 8.7%, y para los jóvenes del primer quintil subía a 28.1% (CEPAL-OIJ, 2004). De manera que si por un lado entre los propios jóvenes salta a la vista que tienen más educación pero menos empleo que los adultos, también es evidente entre ellos que se da una fuerte segmentación en la relación

entre años de escolaridad y opciones laborales, en claro detrimento de los de menores ingresos. Con ello se refuerza, para los jóvenes de bajos ingresos, la idea de que están condenados a reproducir la pobreza de una generación a la siguiente.

- **Más información y menos poder.**

Una segunda paradoja o tensión es que los jóvenes gozan de *más acceso a información y menos acceso a poder*. Por un lado la juventud tiene proporcionalmente mayor participación en redes informáticas que otros grupos etarios, y también más acceso a información por su alto nivel de escolarización y de consumo de los medios de comunicación. De acuerdo a las encuestas disponibles, en Colombia en el 2002 el 47.6% de los jóvenes de 18 a 24 años usaba Internet, en contraste con el 13.5% en la población de 45 a 54 y el 2.2% en los de 55 y más años de edad. En Brasil, por edad, el 15.8% de los jóvenes de 14-19 años de edad ha usado Internet, contra el 11.3 en la población de 20-35 años, el 5.6 % en edad 36-45 y el 3% en mayores de 46; y para el caso de uso de computadores personales estos índices etarios eran del 27, 19, 13.7 y 6.3% respectivamente. Datos para Colombia, Argentina y Chile muestran contrastes etarios similares (CEPAL-OIJ, 2004).

Edad de los usuarios a internet

Colombia*		Chile**		Argentina***	
Grupo etáreo	%	Grupo etáreo	%	Grupo etáreo	%
12-17	48,1	6-11	27	Hasta 24	30
18-24	47,6	12-18	35	25-34	32
25-34	24,9	19-29	21	35-44	17
35-44	17,4	30-44	14	45-54	14
45-54	13,5	45-59	13	55 y más	7
55 o más	2,2	60 y más	5		

* Encuesta Nacional de la Cultura, 2002.

** Encuesta de Caracterización Socioeconómica. Datos citados en Soto., Espejo., Matute, *op. cit.*

*** D'Alessio Irol, *op. cit*

**** *Anuario de Internet2001. Evolución y Desarrollo en España*, Thenext. AD y Espasa Calpe, Madrid, 2001.

Pero por otro lado participan menos de espacios decisorios de la sociedad, sobre todo en la esfera del Estado, tal como lo muestran las encuestas de juventud y encuestas de opinión con información sobre la materia. Manifiestan, en general, la idea de que tanto el sistema político como los espacios deliberativos no logran influir en la vida de los jóvenes. Aquí también existe una asincronía entre mayor inclusión juvenil en cuanto a acceso a información y redes, y mayor exclusión por el lado de la ciudadanía política. Si de una parte los jóvenes manejan e intercambian más información que otros grupos etarios, por otra parte se sienten poco representados por el sistema político, y estigmatizados como disruptores por los adultos y las figuras de autoridad. Curiosamente, en un momento histórico de tránsito hacia sociedades donde se dice que el poder está vinculado de manera cada vez más directa con la información.

- **Más integración simbólica y menos integración material.**

Una novena paradoja que afecta a todos los grupos de edad, pero con mayor intensidad a los jóvenes, es *la creciente desproporción entre consumo simbólico y consumo material*. De una parte el aumento en acceso a símbolos, mensajes, imágenes, información y conocimiento ha sido exponencial para los jóvenes en las últimas décadas, tanto por la expansión de la cobertura escolar como sobre todo por el aumento de consumo audiovisual y de conexión a redes virtuales. Esto hace que el acceso a bienes simbólicos se multiplique año a año. Pero esta tendencia no tiene una contraparte proporcional en el acceso a bienes materiales, dado que la fuente principal de ingreso es el empleo, y el desempleo juvenil aumentó durante la década de los 90, manteniéndose los ingresos de jóvenes ocupados muy por debajo de los promedios de ingresos de los adultos. Además, si bien el porcentaje de jóvenes pobres en la región, medido por línea de pobreza, se redujo de 43 a 41% entre 1990 y el 2002 (por promedio simple de países), por otra parte tenemos que en el 2002 había 7.6 millones más de jóvenes pobres en la región que en 1990 (CEPAL-OIJ, 2004).

Los datos recién expuestos sugieren una brecha creciente entre consumo simbólico y consumo material. Podría argumentarse que de todas maneras hoy los jóvenes consumen más bienes y servicios que hace una década. Pero este ritmo de expansión está muy por debajo del consumo simbólico. Si pensamos que a su vez un

mayor consumo simbólico genera más expectativas de consumo material, lo que se da como efecto es una ola de expectativas frustradas que hacen de los jóvenes candidatos a la desazón o la disrupción. Ya la sociología clásica planteaba como situación problemática la asimetría entre expectativas derivadas del acceso al imaginario moderno, y posibilidades efectivas de realizarlas. Más aún si se toma en cuenta que durante los 90 se mantuvo la tendencia a la concentración de los ingresos, que hace que la diferencia en consumo material entre jóvenes de hogares ricos en relación con el resto también tienda a aumentar.

De manera que los jóvenes quedan expuestos a un amplio abanico de propuestas de consumo simbólico, y la cultura juvenil cobra mayor presencia en los cambios sensibilidad de las sociedades latinoamericanas. Pero gran parte de los y las jóvenes ven pasar las oportunidades de movilidad social por la vereda de enfrente, sea porque el mercado laboral demanda aún más formación, sea por falta de acceso a redes de promoción. La democratización de la imagen convive con la concentración del ingreso.³

Esta situación se da con especial fuerza en países como Argentina y Brasil, donde se da la mayor asincronía entre la evolución del consumo simbólico y el consumo material. En Brasil convive la peor distribución del ingreso en América Latina con una de las mayores coberturas de la red de televisión abierta, lo que hace que la distribución de símbolos tenga una relación inversamente proporcional a la distribución de recursos. En Argentina, el país más “cableado” de América Latina (red de televisión por cable en hogares de zonas urbanas), la pobreza juvenil se duplicó entre mediados de la década pasada y mediados de la década actual, alcanzando hacia el 2002 alrededor del 42% del total de jóvenes.

- **Más flujo comunicativo y más segmentación de referentes.**

Una quinta paradoja o tensión consiste en que los jóvenes son *más cohesionados hacia adentro pero más segmentados en grupos heterogéneos y con mayor*

³ Sólo para ilustrar el contraste: en Brasil, el número de televisores por cada 1000 habitantes se incrementó de 64 en 1970 a 223 en 1997 (UNESCO, 1999), mientras en 1999 el 10% más rico de la población tenía un ingreso 32 veces superior al 40% más pobre (CEPAL, 2004a). En otras palabras, la democratización de la imagen convive con la altísima concentración del ingreso.

impermeabilidad hacia fuera. Cada vez más definidos en su subjetividad por el +consumo cultural, ese mismo consumo hoy se ha diversificado y masificado de manera sorprendente. El incremento de densidad televisiva, acceso a cable, la industria discográfica y audiovisual en general, junto a la incorporación de consumo cultural por vía de la computadora, hace que la exposición a distintos gustos y estilos en el campo de la sensibilidad se dé hoy de manera inédita. En las encuestas de juventud y uso del tiempo libre, los jóvenes muestran clara preferencia por actividades como ver televisión y escuchar música. Ellos, más que los adultos, construyen su identidad en base a corrientes y productos estéticos que circulan por la industria cultural. Además, a diferencia de generaciones precedentes, hoy la diversidad de la oferta hace que distintos grupos juveniles se identifiquen y definan según distintos gustos. Ejemplo más claro de ello es la música, donde ya no es el rock el género exclusivo de referencias simbólicas de los jóvenes, sino que éstos se han abierto a una multiplicidad de géneros, tanto nuevos (hiphop, funk, punk, rave, reggae, etc.) como de géneros folklóricos recuperados e hibridizados con nuevas tecnologías de sonido (rumba, salsa, son, vallenato, corrido, chamamé, samba, bossa, etc.).

Así, los nuevos patrones de consumo cultural de la juventud, sobre todo en relación a la industria audiovisual, provee de íconos y referentes que permiten a gran parte de este grupo etario generar identidades colectivas y participar de universos simbólicos. El campo de la estética (música, imágenes, graffities, adhesiones deportivas), va ocupando un lugar de mayor peso en la subjetividad juvenil a medida que se debilita el peso de la ideología política. Si bien estos referentes estéticos de identidad pueden ser cada vez más efímeros, diversos y cambiantes, hacen de la juventud un actor de gran creatividad cultural. No es casual que tantos jóvenes universitarios sigan hoy carreras de diseño o de publicidad.

Pero por otro lado se trata de identidades poco consolidadas, fragmentarias, a veces bastante cerradas, que contrastan con las crecientes dificultades para armonizarse con el resto de la sociedad, sobre todo con la población adulta y las figuras de autoridad. Ejemplo de ello son las distancias que separan la cultura juvenil de la cultura de la escuela. De manera que la inclusión hacia adentro va tensionada, en términos de valores y de identidad, con exclusión hacia fuera. Más polifonía expresiva en la

juventud va de la mano con mayor segmentación de la comunicación de los grupos de jóvenes con otros grupos de edad.

- **Más provistos de salud y menos reconocidos en su morbimortalidad específica.**

Es sabido que el ciclo de la juventud son muy bajas las probabilidades de enfermar gravemente o morir por causas endógenas. Actualmente la tasa de mortalidad para los jóvenes latinoamericanos de 15 a 24 años de edad, calculada en 134 por cada 100 mil, es en promedio poco más de la mitad que la del grupo de 25 a 44 años de edad. Pero por otro lado existe un perfil de morbimortalidad juvenil dado por la mayor prevalencia de accidentes, agresiones físicas, abuso de sustancias, enfermedades de transmisión sexual, embarazos no deseados y precoces, y otros. De cada 100 hombres jóvenes que fallecen en América Latina, 77 de ellos mueren por causas externas (accidentes, homicidios y suicidios) y 38 de cada 100 mujeres jóvenes mueren también por este grupo de causas. En el caso de los países del Mercosur el caso más alarmante es Brasil: hacia el año 2003, en dicho país el 42.0% de los hombres fallecidos entre 15 y 24 años de edad tenían el homicidio como causa de muerte (CEPAL-OIJ, 2004).

Muy saludables por dentro y muy expuestos por fuera, los jóvenes no encuentran en los servicios de salud ni en la salud preventiva una respuesta a sus riesgos específicos. Viven el contraste entre buena salud y riesgos sanitarios poco cubiertos. Entre accidentes, hechos violentos, transgresiones a la legislación de estupefacientes, embarazos no deseados y enfermedades de transmisión sexual, sus problemas sanitarios van acompañados de estigmas negativos en la sociedad que los hacen poco acogidos por el sistema de salud. Muchas veces el límite borroso entre lo sanitario y lo delictivo, o entre la enfermedad y la deshonra social, coloca a los y las jóvenes demasiado lejos de los servicios oportunos para atender sus urgencias de salud.

- **Más expectativa de autonomía y menos opción para materializarla.**

Una tercera tensión se da porque la juventud cuenta hoy con *más destrezas para la autonomía y menos opciones de materializarlas*. Los jóvenes cuentan con

capacidades que los adultos no tienen para insertarse en los nuevos desafíos de la sociedad de la comunicación, tales como más años de escolaridad, mayor fluidez en la "convergencia digital", y un uso más familiarizado con la comunicación interactiva a distancia. Al mismo tiempo, han interiorizado las expectativas de autonomía propias de la sociedad moderna y postmoderna; y esta expectativa es mayor que en generaciones precedentes que crecieron bajo patrones más tradicionales. Sin embargo, chocan con factores concretos que les postergan la realización de esa misma autonomía: mayor dilación en la independencia económica porque hoy hay mayores requerimientos formativos y más dificultades de obtener una primera fuente de ingresos; y mayores dificultades de acceder a una vivienda autónoma por problemas de mercado de suelos urbanos y acceso al crédito. Según las encuestas juveniles, entre los jóvenes de 15 a 29 años a comienzos de la década actual, vivían todavía con sus familias de origen el 87.7% de los jóvenes chilenos, el 84.8% de los colombianos, el 68.8% en Bolivia y el 80.0% en México. Así, los jóvenes están más socializados en nuevos valores y destrezas, pero más excluidos de los canales para traducirlas en vidas autónomas y realización de proyectos propios. Esta tensión acrecienta la crisis de expectativas de los y las jóvenes.

Esto produce una asincronía novedosa entre una precoz expectativa de autonomía moral y una larga postergación de la autonomía material. Muy tempranamente los jóvenes cuestionan la legitimidad de la autoridad parental y esperan ordenar sus vidas conforme a sus propias decisiones, y por lo mismo permanecen durante un período muy largo asumiendo libertad moral de adultos pero perpetuando la heteronomía material de los niños. Se rompe la imagen de autonomía moral y material como dos caras de la misma moneda, o bien dos conquistas complementarias y simultáneas en el tiempo. Esta ruptura marca de modo incierto pero profundo la vida en los hogares. Individuación temprana con inserción tardía hacen que durante un largo período juvenil se estire esta disociación entre lo moral y lo material, entre lo afectivo y lo productivo. Padres confundidos con hijos enigmáticos hacen parte de la relación cotidiana en las familias.

- **Más seducidos por el presente y más presionados por el futuro.**

Los problemas de los jóvenes encuentran una y otra vez este síndrome de atemporalidad, o de *irrealización continua del futuro*. Probablemente a esta atemporalidad contribuye otra tensión a la que no prestamos mucha atención, y sin embargo erosiona capilarmente las relaciones de los jóvenes con los mayores. Se trata de la *tensión entre gratificación presente y gratificación diferida*, entre el goce inmediato y la postergación del placer en función del equipamiento para el futuro. Nuevamente, una suerte de atemporalidad se instala entre el hoy y el mañana, que paradójicamente coexiste con un discurso muy fuerte sobre el uso del tiempo. Así, hoy más que nunca los jóvenes viven una tensión que se atribuye secularmente a la edad: de una parte la voluntad de experimentación y de ce inmediato, de jugar por un tiempo al ensayo y error y vivir espontáneamente la experiencia; y de otra parte el disciplinamiento escolar y productivo que enseña a sacrificar el placer en aras del rendimiento futuro, la voz del maestro y el padre que repica al oído advirtiendo de los costos de no prepararse lo suficiente.

Difícil no tensarse en este cruce entre descontentación y disciplinamiento, entre la inmediatez del deseo y las mil razones que se arguyen para diferirlo a un futuro difuso; entre las ganas de medirse con la propia vara, o más bien de no medirse, y el ingreso a un mundo hinchado de rituales de evaluación, escalas y clasificaciones que se vienen encima como fiscales absurdos ante los cuales se les pide que luzcan, o que al menos atinen. Rodeados de adultos que los miran con sospecha, los tildan de anómalos y condenan sus impulsos con el dudoso rótulo de “conductas de riesgo”. Esos mismos adultos endeudados hasta la médula con créditos de consumo, donde lo que menos brilla es la previsión de futuro. Envueltos también en la falta de cálculo que condenan en los jóvenes, pero no a causa del despertar de los cuerpos sino por una nueva ley del rebaño: la publicidad, el mercado y la seducción mediática que les llena la cabeza con los paraísos espurios de la hipermodernidad, con la ilusión de recuperar la pasión en el reflejo condicionado del consumo.

De modo que esta tensión de los jóvenes también la vive hoy el resto de la sociedad a su manera: por una parte la publicidad y el crédito de consumo que alientan a gastar hoy y pagar después (invirtiendo la clásica secuencia de ahorro-disfrute), pero por otro lado la competitividad cada vez más cruda en la economía y el trabajo que impone más contención, más capacitación, más disciplina. En cierto modo hoy más que nunca los jóvenes encarnan, a modo de chivo expiatorio pero también de actor extremo, una de las contradicciones no resueltas –y agudizadas progresivamente– de la modernidad: entre la extatización del presente y la construcción del futuro. Y para expurgar de su propio seno esta tensión, la sociedad la descarga o proyecta sobre la juventud: son ellos, los jóvenes, no nosotros, los que irresponsablemente se gastan hoy sin prever las consecuencias mañana.

3. En torno a la participación juvenil

Desde el punto de vista de la participación juvenil, concurren visiones disímiles. Por un lado si hablamos de participación juvenil, estamos hablando de un grupo, un actor, que se organiza colectivamente. Participar es organizarse colectivamente para negociar, presionar, enfrentar, gestionar, movilizar energías conjuntas en órbitas ampliadas de actores, en aras de incidir en la distribución de activos materiales y simbólicos que afectan las condiciones en que se desarrolla la propia vida. Esto puede ser en el ámbito central o local, en lo público-político o lo público-ciudadino, en espacios reales o virtuales. La pregunta que adiviene, entonces, es: ¿en qué medida se organiza colectivamente la juventud por homogeneidad etaria, estética, ética, de aspiraciones compartidas, etc.? Lo juvenil, desde el punto de vista de la participación y en el imaginario político, ¿es una edad, una modalidad, un grado de diferencia o de ruptura, un emergente?

En este sentido, la heterogeneidad de lo juvenil plantea todo un problema a la cuestión de la participación, dado que se trata de un actor muy diverso en lo espacial, según nivel de ingresos, por sub-corte etario, por su relación con el trabajo o con el estudio, por adscripción (género, etnia, territorio), y por filiaciones estético-simbólicas.

Por otro lado conviven distintos esquemas de participación juvenil dependiendo del locus social o del locus temporal. Así, en la matriz “sesentista” la participación

juvenil implica un actor-portador del cambio social o bien del cambio cultural, sea mediante la revolución política o el cambio radical de la vida cotidiana. Se puede también visualizar la participación juvenil en función de la actualización inmediata de identidades y proyectos, o la participación como proyecto histórico cuyo sentido se cobra desde un futuro difuso. Se puede pensar en jóvenes difuminando el poder político, o bien asaltándolo. Se puede pensar la participación juvenil desde las pulsiones de individuación a bien desde las pulsiones de fusión. Se puede pensar en la perspectiva estatal, según la cual se trata de vincular a los jóvenes a la política pública, mediante formas más instituidas de participación que no rompen el orden sino que se incorporan a él. O bien en perspectiva alternativista pensar la participación juvenil en el lugar de la resistencia, de las lógicas contrahegemónicas, de las racionalidades deconstructivas o reconstructivas.

Los jóvenes tienen más dificultades para inscribirse en la matriz del mundo del trabajo como espacio de movilización, o en la matriz estatista que ve en el sistema político el lugar para cuajar proyectos alternativos. La propia sociedad del espectáculo impulsa más bien el retorno a lo estético como campo de lucha por el espacio público. Desde allí la participación pasa por politizar lo cultural y culturizar lo político. Todo esto coloca un signo de interrogación sobre la forma en que los jóvenes participan o pueden (o quieren) participar.

Hechas estas consideraciones, y en base a las Encuestas Nacionales de Juventud realizadas el año 2000 en cuatro países - Chile, Colombia, México y España – en poblaciones jóvenes cuyas edades fluctúan entre los 15 y 29 años, se pueden observar las tendencias que siguen.⁴

1. Una primera tendencia es el descrédito de las instituciones políticas y del sistema democrático por parte de los jóvenes. La información para los países señala claramente un proceso de desafección juvenil frente a las instituciones políticas y sus actores así como también una desvalorización del régimen democrático como sistema

⁴ Aún cuando ésta constituye una valiosa fuente de información, hay problemas de comparabilidad por diferencias en diseños metodológicos entre las encuestas mencionadas. Las encuestas revisadas son las siguientes: INJ de México (2000), INJ de Chile (2000), Colombia Joven (2000), y INJUVE (2000). Ver CEPAL (2004).

de gobierno. Este último aspecto aparece vinculado a la percepción de que la democracia y su ejercicio no genera un sistema de igualdad de oportunidades.⁵

La forma más evidente del rechazo de los jóvenes se manifiesta en el hecho de no participar en los comicios electorales y la negación del voto como instrumento de participación ciudadana.⁶ Las encuestas muestran también que en general los jóvenes participan poco de movimientos estudiantiles, sindicatos, partidos políticos y organizaciones comunitarias, instancias que en generaciones precedentes nucleaban el grueso de la participación juvenil. A pesar de que en el imaginario de los jóvenes persiste una fuerte conexión entre asociatividad y política, la participación en instituciones políticas es la que presenta menor atractivo para ellos. De hecho, la gran mayoría no se identifica con ningún partido y de la minoría que tiene preferencias político-ideológicas, el porcentaje de militantes es ínfimo.⁷

Si bien los jóvenes manifiestan su descrédito respecto de organizaciones tradicionales de la política, valoran altamente la participación como mecanismo para la autorealización y obtención de logros. Lo que rechazan, más bien, es el tipo de práctica política en que ellos, como jóvenes, tienden a sentirse manipulados por otros y para fines con los que no se identifican. Por otra parte, los jóvenes actuales tienden a ser más esporádicos y discontinuos en la participación: se involucran generalmente en actividades puntuales, durante ciertos períodos, sin comprometerse en el largo plazo.

En el marco de esta tendencia general destacan también ciertas diferencias que se encuentran vinculadas a la historia política de cada país. Chile y España comparten ciertos rasgos pues han visto marcada su historia por episodios autoritarios represivos con intervención de las fuerzas armadas, de los cuales hay todavía memoria transmitida. De hecho, las sociedades que han sufrido los regímenes autoritarios han creado mayores

⁵ En España, los jóvenes han perdido cada vez más la confianza en instituciones políticas, religiosas, las Fuerzas Armadas lo cual los ha hecho perder el interés por participar de estas instituciones: 7% de los jóvenes entre 15 y 25 años afirmaban que la política es muy importante en 1998. En Chile, de acuerdo a la Tercera Encuesta Nacional de Juventud (2001), sólo el 48.8% de los y las jóvenes de 15 a 24 años tenía una valoración claramente positiva de la democracia como sistema de gobierno.

⁶ En Chile, de acuerdo a datos para el año 2000, sólo el 30,9% de los y las jóvenes afirmó estar inscrito en los registros electorales.

⁷ Por ejemplo, en Colombia bordea el 1%; y en el caso de los jóvenes mexicanos, ellos declaran preferir ser parte de un acto en favor de los derechos homosexuales antes que asistir a un acto partidista.

sensibilidades y compromisos de resguardo de las instituciones democráticas y de quienes las defienden. Así, por ejemplo, tres de cuatro jóvenes españoles simpatizan con la democracia como régimen de gobierno. No así en las sociedades mexicana y colombiana, donde muchos jóvenes expresan su crítica a los sistemas políticos nacionales mediante posturas más cercanas al autoritarismo o la “mano dura”.⁸

2. Una segunda tendencia es que ciertas prácticas culturales tradicionales, particularmente religiosas y deportivas, son las que concentran los mayores niveles de asociatividad. Sin embargo, la participación en estas prácticas culturales se encuentra condicionada por variables socio-económicas y de género.

La información para los distintos países indica que, a pesar de los procesos de secularización, existen altos niveles de asociatividad en torno a las prácticas religiosas, principalmente católicas y, en segundo término, evangélicas. La variable socioeconómica tiene incidencia en las prácticas asociativas católicas ya que el porcentaje de creyentes practicantes declina a medida que el nivel socio-económico disminuye. Tiene incidencia también en las iglesias evangélicas pentecostales, las que han conseguido una mayor base de apoyo en los sectores populares de diversos países latinoamericanos. En relación a las asociaciones deportivas la presencia es mayoritariamente masculina, inclusión que empieza en la adolescencia pero que no se traduce a futuro en una participación activa en otro tipo de organización. El fin es el deporte como ejercicio individual y no la creación de lazos o ideales comunes.

3. Una tercera tendencia es que, junto a la asociatividad generada por estas prácticas culturales tradicionales, se aprecia la creciente importancia que adquieren nuevas modalidades asociativas de carácter informal. En efecto, a partir de la década de los ‘80 los jóvenes potenciaron su inclusión en las estructuras sociopolíticas a través de formas de organización alternativas - sin negar la vigencia de las tradicionales expresiones de significación de la ciudadanía - donde la responsabilidad es del propio colectivo, sin la autoridad directa de adultos.

⁸ Incluso una mayoría femenina es partidaria de sacar al ejército a las calles en México para "frenar las convulsiones".

Estas nuevas modalidades asociativas se constituyen como estructuras más efímeras y de lazos flexibles, cuyo rasgo clave es su falta de institucionalización e inserción en estructuras formales. Entre ellas destacan los grupos informales como los *graffiteros*, los *skaters*, *okupas* y bandas de música. Son modos de agrupación preferentemente masculinos que se apropian de determinados territorios urbanos y que se encuentran en las principales metrópolis del continente. La conformación de estas nuevas modalidades asociativas, que son generadoras de identidades sociales, gira en torno a contextos locales. Sin embargo, también siguen modelos globales.

En estos nuevos modos de agrupación es bastante reducido el porcentaje de jóvenes que cree que ser un buen ciudadano es comprometerse con el país. Más bien, como ocurre con jóvenes mexicanos, la cotidianeidad se da en torno a “vivir sin involucrarse”. Esta realidad provoca que la proliferación del espacio de encuentro juvenil se dé, principalmente, entre los grupos de pares y que la calle sea el ámbito de socialización más común. En España el contexto es similar, así como en la sociedad chilena que está viendo una emergencia de este fenómeno.

Existe también una versión negativa o violenta de estas nuevas formas de asociatividad, que incluye a las pandillas, los grupos reivindicativos de choque, las mafias, y otros. Se da con mayor presencia en países como Colombia o El Salvador, pero no se restringe a estos países. Tienden a proliferar estos grupos allí donde hay una importante cantidad de jóvenes inmersos en las esferas informales relacionadas con la violencia y el delito, y donde se ha masificado el porte de armas de fuego. Las razones de este fenómeno se enmarcan en la problemática económica (pobreza), la falta de educación y oportunidades (estancamiento), la presión de pares para formar parte de estos grupos, y el aprendizaje en culturas de la violencia o en formas violentas de resolución de conflictos.

4. Una cuarta tendencia muestra que los jóvenes, si bien afirman una creciente preocupación y conciencia por temas emergentes, no traducen esta conciencia en niveles significativos de participación. Existen temas que han logrado tocar la sensibilidad de los jóvenes como los derechos humanos, la paz, el feminismo, la ecología y las culturas de etnias o pueblos originarios. Sin embargo, se aprecia una disociación entre la conciencia y los modos de acción social de los jóvenes. Dicho de

otro modo, estas preocupaciones no logran constituir modalidades de asociación predominantes. Sin embargo, se observa un incipiente y paulatino aumento de la participación en estos temas, preferentemente en los jóvenes de 15 a 25 años.

Los denominados nuevos movimientos sociales que han dado vida a estas asociaciones étnicas, ecológicas o filantrópicas, se constituyen en torno a demandas de reconocimiento social. Esto significa que buscan sobre *todo darle relevancia política y visibilidad pública a actores y temas secularmente soslayados*. La asociatividad en torno a la problemática indígena es la que más ha logrado articular la respuesta de la sociedad civil, particularmente de jóvenes estudiantes insertos en grupos culturales. El ámbito universitario es un espacio donde los temas indígenas han encontrado un espacio tanto teórico como práctico. En su mayoría, las asociaciones en este ámbito están referidas a preservar el desarrollo e identidad de los grupos indígenas o afrodescendientes.

5. *Una quinta tendencia es que los medios de comunicación – y, en particular la televisión– tienen incidencia creciente en la generación de nuevas pautas de asociatividad juvenil*. Los jóvenes son importantes consumidores de televisión y su vida está marcada por la centralidad de la experiencia audiovisual. Algunos autores incluso se refieren al “nuevo sensorium” de los jóvenes el que implica cambios en los modos de percepción del tiempo y del espacio.

La información para los países pareciera indicar una cierta asociación entre la experiencia audiovisual y los cambios en los modos de asociatividad. La centralidad de la experiencia audiovisual pareciera implicar una televisación de la vida pública y la participación en ésta a través de la pantalla, lo que los transformaría en tele-ciudadanos. Esto implicaría una opción por vivir conscientes de los problemas públicos – incluidos los temas emergentes, las causas globales, - pero no necesariamente comprometidos con esas causas. Se observa nuevamente el divorcio entre altos niveles de información que no se traducen en modos de acción colectiva. Más aún, la televisación de la vida pública puede ser uno de los elementos que están en la base de los procesos de desafección juvenil frente a las instituciones políticas y sus actores. A pesar de que la información televisiva tampoco goza de altos niveles de credibilidad, ella podría estar

influyendo en el descrédito de la política dada la inclinación de los medios a centrar la atención en casos de corrupción o falta de probidad.

6. *Una sexta tendencia se relaciona con el ejercicio de la ciudadanía en redes virtuales.* Debe tomarse en cuenta que el uso de redes virtuales es más intenso en jóvenes que en otros segmentos etarios, y más aún con el objeto de organizarse colectivamente. Ejemplo de ello es la altísima proporción de jóvenes en las tres instancias sucesivas del Foro Social Mundial de Porto Alegre, concertados previamente por medio de Internet y correos electrónicos. De manera que se abre paso un nuevo modo de participación que tiene su lado más continuo en las redes virtuales, y su lado más espasmódico en la movilización en el mundo "real". Y que el espacio de referencia no sea la nación ni el Estado-Nación, sino el vínculo más directo entre espacios locales y movilizaciones globales. No aspiran allí a ver cumplidas reivindicaciones materiales (empleo, ingresos) o de poder (cuotas en partidos, representación parlamentaria), sino que se movilizan por causas más genéricas y universalmente compartibles, como la paz mundial, los derechos humanos, la justicia, la defensa del medio ambiente, y otras.

7. *Una séptima tendencia es la participación en grupos de voluntariado.* Un congreso realizado este año en Santiago, convocado por el BID, reunió varios miles de jóvenes voluntarios de distintos países de América Latina, dispuestos a costearse incluso su traslado para asistir al encuentro. La Encuesta de Juventud de España también revela una creciente propensión de los jóvenes a participar de grupos de voluntariado.

La atracción que ejerce el voluntariado sobre los jóvenes es múltiple. Primero, porque adherir es un acto de clara autonomía, dado que en la acción voluntaria no hay instrumentación de fines sino el deseo individual de cada uno de aportar. Segundo, porque tratándose de una opción compartida entre jóvenes, vale decir, un tipo de actividad que se realiza colectivamente, la acción voluntaria supone una pertenencia de los individuos involucrados a un colectivo caracterizado precisamente por la autonomía en la elección de pertenencia de sus miembros. Como en el campo más formalizado de la política muchos jóvenes manifiestan rechazo debido a que se sienten cooptados o infantilizados por las dirigencias partidarias, encuentran en el campo de la acción voluntaria una lógica distinta, no movida por intereses de cooptación o hegemonía.

Además, la acción voluntaria permite armonizar una motivación ética con la acción colectiva, conciliar el esfuerzo personal con una cierta utopía solidaria, sin por eso tener que suscribirse a doctrinas o autoridades doctrinarias. Por otra parte, la acción voluntaria permite una mayor vinculación clara, y sobre todo inmediata y directa, entre la inversión (afectiva) y la retribución (simbólica). Y lo más importante, *la acción voluntaria le permite al joven involucrado colocarse como protagonista y no como marginado, como proveedor y no como dependiente, como héroe y no como víctima, como meritorio y no como objeto de sospecha por parte de los adultos.*

4. Corolario sobre violencia

La sociología clásica, sobre todo funcionalista, considera que la brecha entre expectativas y logros genera niveles de frustración que llevan a las personas a restarle legitimidad al orden normativo. La *anomia* se puede entender en este contexto. Y la anomia, a su vez, precipita comportamientos fuera del orden de la ley, sea por motivaciones expresivas, de generación de ingresos, de recreación de sistemas de pertenencia, de ejercicio del poder en territorios en disputa.

¿Qué ocurre en América Latina respecto de la relación entre expectativas y logros? Recordemos que el discurso del desarrollo y la modernización en América Latina, hasta la década de los 70, vinculó integración material con integración simbólica. En otras palabras, el acceso a viviendas adecuadas, empleos modernos con ingresos crecientes, servicios de salud e infraestructura urbana y mayor consumo de bienes y servicios (dimensión material), se asociaba a mayor educación formal, desarrollo cultural, institucionalización política y acceso a medios de comunicación (dimensión simbólica). La sociedad de masas moderna venía anunciada con la sincronía entre ampliación del consumo a toda la población, y sociabilización de todos en la lectoescritura, la información actualizada y el uso "opinante" de espacios públicos. *Este vínculo no es claro hoy día.* Porque mientras el acceso al dinero choca contra una distribución del ingreso que no mejora, y se agrava en períodos de contracción monetaria, racionalización empresarial o ajuste macroeconómico (siempre con incremento del desempleo en los grupos de menores ingresos), por otra parte se expande

a un ritmo más sostenido el acceso a bienes simbólicos como la educación formal, la televisión y la información actualizada.

Como vimos antes, esto afecta con especial fuerza a los jóvenes, dado que ellos tienen más acceso a imágenes, información y conocimiento, pero menos acceso al empleo. Además, entre 1999 y el 2002 la mayoría de los países latinoamericanos padecieron una mayor concentración del ingreso en los sectores altos, precisamente durante años de alta volatilidad y flujo negativo de capitales. Por otro lado, en los años 90 tres de cada cuatro empleos generados en la región han sido del sector informal, lo que implica bajos ingresos, precariedad en el trabajo, falta de protección social y reproducción intergeneracional de la pobreza.

La idea secular de que consumo simbólico y consumo material hacían parte de un círculo virtuoso se ve desmentida por los hechos. Países como México, Venezuela, Colombia y Brasil tuvieron un aumento exorbitante en industria mediática y en cobertura y logros educacionales, y una evolución muy distinta en reducción de la pobreza urbana o mejoramiento en la calidad de vida de los pobres. Y sintomáticamente, la década de los 80 y los comienzos de los 90 marcan un salto significativo en los niveles de violencia de las ciudades latinoamericanas, y una clara sensación de inseguridad por parte de la ciudadanía.

Si la televisión es el medio de la integración blanda, las nuevas formas de marginalidad son expresión de la desintegración dura. Este dato es quizás el más complicado de afrontar cuando hablamos hoy de juventud en la región: todos interconectados con las mismas o parecidas aspiraciones simbólicas, de identificación y de pertenencia por vía de la cultura publicitaria y el acceso a los canales en que circulan las imágenes y los íconos globalizados; pero a la vez una parte de la juventud solamente cosechando dinero a partir de sus ventajas en conocimientos y redes de conexión; y del resto, buena parte habitan en márgenes opacos, irrecuperables, atrincherados en el extravío de las tribus suburbanas donde la droga es siempre dura, el trato está siempre abierto a la violencia, y las oportunidades de empleo son siempre para los demás.

La juventud popular urbana difícilmente puede aceptar la suave cadencia postmoderna desde su tremenda crisis de expectativas. Es esta juventud quien más

interioriza las promesas y las aspiraciones promovidas por los medios de comunicación de masas, la escuela y la política, pero no accede a la movilidad y al consumo contenidos en ellas. Así, estos jóvenes padecen una combinación explosiva: mayores dificultades para incorporarse al mercado laboral de acuerdo con sus niveles educativos; un previo proceso de educación y culturización en que han introyectado el **potencial económico** de la propia formación, desmentido luego cuando entran con pocas posibilidades al mercado del trabajo; mayor acceso a información y estímulo en relación a nuevos y variados bienes y servicios a los que no pueden acceder y que, a su vez, se constituyen para ellos en símbolos de movilidad social; una clara observación de cómo otros acceden a estos bienes en un esquema que no les parece meritocrático; y todo esto en un momento histórico, a escala global, donde no son muy claras las "reglas del juego limpio" para acceder a los beneficios del progreso. No es casual, pues, que tanto la violencia política como la violencia delictiva de muchas de las ciudades latinoamericanas tenga a jóvenes desempleados o mal empleados por protagonistas.

BIBLIOGRAFÍA

- Brito, Roberto (1997), 'Hacia una Sociología de la Juventud', en *Revista Jóvenes*, Causa Joven, México DF, Año 1, No.1.
- Bourdieu, Pierre (1990), 'La 'juventud' no es más que una palabra', en *Sociología y cultura*, Ed. Grijalbo, México.
- CEPAL-OIJ (2004) *La juventud en Iberoamerica, tendencias y urgencias*, Santiago.
- CEPAL (2004a) "Panorama Social de América Latina", edición 2002-2003 (LC/G.2209-P), Santiago de Chile, marzo.
- Colombia Joven (2000) *Encuesta Nacional de Jóvenes*, Bogotá.
- INJUVE, Instituto de la Juventud de España (2000) *Informe Juventud en España 2000*, Madrid.
- Instituto Mexicano de la Juventud, Mexico (2000) *Jóvenes Mexicanos del Siglo XXI. Encuesta Nacional de Juventud 2000*, México D.F.
- Instituto Nacional de la Juventud de Chile (2000) *Situación y Condición de los Jóvenes Chilenos a Comienzos del Nuevo Siglo. Tercera Encuesta Nacional de Juventud 2000*, Santiago.
- UNESCO (1999) *Anuario Estadístico*, 1999.